

OFICIOS DE TROVADOR

Juan Torres Gárate

Hay algo en el hombre que no es razón, ni ser, ni unidad, ni verdad. Algo que no es y, sin embargo, desciende hasta su carne, hasta su sangre, hasta su sueño... Hay algo como un dolor impreciso hecho de nada, de jirones de una nada que saja la carne, hiere el espíritu, avasalla el alma. Algo hay en el hombre más allá del logos frío, racional, dogmático, persuasivo. Algo que es luz y oscuridad a la vez. Un algo que nos deslumbra, de pronto, con la certeza de una epifanía, o nos ciega con la agonía de la tarde que se va haciendo noche y no sabemos con certeza ni de dónde ni por dónde viene, y la vemos, no obstante, arrastrarse, lamiéndonos el rostro, las manos: lenta penumbra que fluye por el manso declive de nuestro cuerpo y se parece tanto a la eternidad. Ese algo que no es, que escinde y que reintegra; que no es razón, ni ser, ni unidad, ni verdad... es la poesía. Y el poeta, ángel caído del cielo, el viejo sueño de Platón: un blanco cisne, ángel avieso, desterrado por negarse a ser portavoz; ángel inmovilizado que no ha perdido su pureza, ni sus alas. Unas alas baladíes, demasiado grandes para tan leve cuerpo, al que no consiguen, sin embargo, arrastrar hacia lo alto y que más que un adorno, son señal de una nostalgia, de una pérdida naturaleza, de una pérdida ingenuidad.

La poesía busca realizar la inocencia, transformarla en vida y conciencia: en palabra, en eternidad. Si la poesía es la pureza, la albura del cisne, el poeta es el sueño de la inocencia y su caída el despertar a la libertad. No se elige ser poeta como se elige ser científico o filósofo. Pertenece el poeta al linaje de las ocupaciones humanas que no se llevan a cabo más que por exigencia del destino, por forzosidad inevitable: el poeta es. Nace con el estigma de la inocencia. Irremisible ingenuo que al no elegir es elegido.

Para precisar el sueño virginal de la existencia, el sueño de la inocencia, la poesía necesita toda la lucidez de que es capaz el ser humano; el poeta necesita de toda la luz del mundo para reconquistar el sueño primero; el sueño de la inocencia anterior a la pérdida unidad. Y por eso la poesía es reintegración, reconciliación, abrazo que cierra en unidad al ser humano con el ensueño de donde saliera. El poeta restaura la unidad sagrada del origen. Reducido para siempre al asombro primario ante el universo, ante su belleza y su luz fugitiva, el poeta agoniza de saudade y de angustia. Y en el corazón mismo de la angustia retrocede en busca del prístino sueño, para dibujarlo. Para dibujarlo y penetrarlo en busca del rostro amado. El poeta quiere reencontrar el rostro que había tras el sueño, la belleza medio oculta en la inocencia. Y es aquí cuando se angustia. Y si la angustia es el precio que se paga por la libertad; si la angustia es el vértigo de la libertad, la poesía es el vértigo del amor. Pero el poeta no vive en la angustia (si bien la necesita) sino en la melancolía. Premunida de viejas dolencias, la poesía busca realizar la inocencia, transformarla en vida y conciencia: en eternidad, en palabras. Porque la palabra es lo único inteligible. Porque la palabra, en fin, sería ese sueño compartido. Y eso, finalmente, persigue la poesía: compartir el sueño, hacer la inocencia primera comunicable; compartir la soledad, deshaciendo la vida, recorriendo

el tiempo en sentido inverso. Al sentido inverso, con su carga de angustia y de morriña y de soledad y de lágrimas y de extrañamiento, de un extrañamiento que es una agonía y tiene la estatura de la eternidad.

Su libro, Alberto, su libro de poesía “Oficios de Trovador”, créame, tiene de esto y de aquello. Su libro es un desgarrar. Un dolor permanente que me desasosiega. Que me anonada porque me dilacera el ser. Porque aviva viejas nostalgias que creía olvidadas, viejos temores privados de voz que permanecían ocultos en oscuros desvanes, esos extraños vericuetos del alma expertos en soledades, antiguas certezas soterradas que usted querido amigo aviva, en el rescoldo de esta nuestra tierra, gracias a la magia de su palabra, a la exquisitez de su verbo. Pero su libro, déjeme decirle, es también un manual de descomposición. No se puede terminar de leerlo sin sentir el acre sabor de la derrota, la disonancia estertórica de la agonía, y el miedo pánico a la angustia, el dolor, la soledad, tan presentes, tan obvios, tan recurrentes en su poemario, como una enfermedad, como una latencia del desconsuelo, un desabrimiento del ánimo, un abatimiento del espíritu. Me siento tentado a creer que un genio maligno, experto en soledades y suicidios, inspira el arrebató de sus ausencias, lo inspira a Ud., como escribe en su poema Orfandad, que se incluye uno de sus primeros libros de poesía: “A la caza del eterno ciervo”(Tacna, 1983): usted escribe: “he visto desde mi soledad/ navajas a la medida de mi nostalgia”; y no es raro, por ello, que usted haya mejorado su metódica dosis de acoso, que haya depurado el arte de la nostalgia y de su consiguiente secuela que nos lleva al borde del abismo. Sólo la tiranía del instinto de conservación y la belleza de sus versos, el candil de sus palabras, nos mantienen en vilo.

Por lo demás “Oficios del Trovador”, es también un canto enorme a la soledad. Antesala del infierno o de la gloria, la soledad nos perfila como seres. O más bien, nos da un rostro; mejor aún; una máscara. Somos eso que está hecho de ausencias sucesivas. Siempre estamos solos; ocurre, sin embargo, que cuando nos dejan la soledad se agranda. Nada más. ¿Es el solitario un himno destruido? No. De la lectura de “Oficios del Trovador” se colige lo contrario. El artista, el poeta puede permitirse toda clase de vicios – la soledad es sólo uno de ellos – (un vicio, no una desgarradura). El poeta, vicioso de vicios, puede encontrar, y de hecho lo hace, en la ciénaga de la soledad el impulso necesario para crear belleza. Alberto lo hace. Precisamente él, que sabe que estamos todos en el fondo de un infierno, cada instante del cual es un milagro. Tal como es hermoso el milagro de su poema “El asombro del fuego”, donde yo hallo la excelsitud de su magia poética. Déjeme que lo lea:

(LEER POEMA : “EL ASOMBRO DEL FUEGO”, pp. 37-38)

Finalmente, Alberto, déjeme decirle, que yo celebro su derrota. Su poemario “Oficios de Trovador” tiene la obviedad de la suma de todas nuestra derrotas, pero, a su vez, la dulzura y la mansedumbre del pan (el exabrupto del acoso y del suicidio, fueron sólo eso: una salida de tono). Y este pan, con el que comulgamos esta noche, es puro y noble, y tiene la ternura y la inocencia de su nombre, Alberto.

Tacna, marzo de 2006